



REFRANOLOGIA

POR una de aquellas calurosas y estrechas vías de la capital andaluza, la incomparable sirena del Guadalquivir, avanzaban al paso lento y cansino de sus escuálidas cabalgaduras, dos gitanillos, de la más pura cepa.

Ambos jóvenes, morenos, casi negros, de rostro característico, con la nariz a modo de avanzada, de cuerpo delgado y ágil, de parecidas americanas raidas y los mismos pantalones prietos y sucios, de mirada torva y hablar ligero, venían charlando desde casi una hora, en que se juntaron, trabaron amistad y unieron sus pequeñas recuas.

Pepiyo, jineto en mísero jameigo, digno de figurar en algún lienzo de picadores, llevaba tras de su cabalgadura, otros dos pencos, que hacían verdaderos prodigios de equilibrio, para conservar su posición vertical, luciendo unos cuantos y anchos costurones.

Manoliyo, hacía alarde de su cuerpo juncal y su garbo fachendoso, sobre una pobre, triste y desgraciada mula, que era guía de tres mulas más, todas del mismo desdichado jaez, llenas de lamparones y cojeando cada una de las cuatro patas.

—¡Con Dió, Pepiyo!

—¡Con E, Manué!

—A vendé ezas zardiniyas... manque haiga que jurá que zon Rosinante y "Pechazo".

—¡Qué é'ezo úrtimo?

—¡Pa que quié zabelo! "Pechazo". Un caba-yo afamao. Amigo de loz poeta. ma dicho er tío Poli.

—¡Gueno! A vendé ezas beztias... manque haiga que yorá y pateá.

—¡Adió! Ya tu zabe. Er lune en ezte mizmo zitio.

—¡Azetao! La ziete e la mañana, en ezte zitio.

—¡Mejo la dié! ¡Pa que haiga tiempo de vizitá Zeviya!

—¡Azetao! A la dié! ¡Pa que haiga tiempo de tomá unos chatos...

—¡Guena zuerte, Pepiyo!

—¡Guena zuerte, Manoliyo!

Terminada la obligación, volvían los jovenzue-

los, maestros ya en el difícilísimo arte de vender caballos semi-difuntos y mulas cadavéricas.

Tornaban a sus pueblos, llenos de alegría. Pepiyo, en su pobre rocín, y Manoliyo en su paciente mula. Muy satisfechos los dos, porque, con su palabrería, sus exageradas ponderaciones, sus alabanzas fantasiosas, sus geticulaciones y gritos, sus trampas y sus enredos, pero principalmente, con su saladisima charla, habían logrado "colocar sus mercancías", y volvían a sus casas, negras, sucias y mezquinas, llevando allá en el fondo grasiento y arrugado de sus bolsillos, unas cuantas monedas que servirían para alegrar un tanto su sencilla existencia y la de los suyos, todós afanosos en la hononada de los pueblos, buscando el pan nuestro de cada día, que mucho días no aparece para las gentes, sencillas, vulgares y desconocidas, pero con los mismos nervios y los mismos imperiosos requerimientos de la naturaleza, que las gentes más encumbradas...

Pero, en fin, dejemos estos tópicos de filosofía municipal, y volvamos a nuestros héroes.

Ya la ciudad había desaparecido, metidos los dos en atajos y vericuetos que no conocían, pero que habían calculado les evitarían hacer un gran rodeo, cuando se encontraron de manos a boca con un riachuelo, de no muy profundas y caudalosas aguas, pero que no era prudente cruzar a nado.

Buscaron los mozos, y al fin hallaron un puente hecho de troncos y ramas, quizá por algún lugareño.

—¡Pepiyo, hay que cruzá ezte puenteciyo!

—Primero me guelvo atrás y buzco el camino riá, que no debiamo habé dejao.

—¡No zeas canguelozo, Pepiyo! Ezte puente ze habrá jecho pa pazá.

—¡Paza tu! Er hijo e mi mare, no ha nació pa ajogarze.

—¡Hay que zé valiente!

—¡Zi en vé de un río, paece la má!

—¡"ER QUE NO ZE AVENTURA, NO PAZA LA MA"!

Y diciendo esto, Manoliyo avanzó sereno y sonriente. Crugieron trocos y ramas, pero el muchacho, sin inmutarse, llegó a la otra orilla.

—¡Lo vé zo mandria!

Y, presto, ligero y bravucón, volvió a repasar el puente, como si lo hubieran construido los mejores ingenieros del mundo.

—¿Te atreve ahora?

—¡Gueno! Probaré...—contestó Pepiyo, que estaba "azorao perdido".

—Mía. Tu paza primero y al otro lao, ezpera las bestias, pa que no juyan. Yo laz jago paza y voy detra, y s'acabao. Azetas?

—¡Azeto!

Dicho y hecho. La idea de Manoliyo, se puso en práctica. Pasó Pepiyo, con mas miedo que verguenza, y luego Manoliyo hizo entrar en el puente a la mula, y después al caballo, y por último, entró él.

¡Cristo del Cachorro, el susto de los mozalbetes!

Cedió el puentecillo a tanto peso, y se vino abajo con gran estrépito. Cayeron al agua bestias

y persona. Nadó esta con sobrehumanas energías y tras no pocos esfuerzos, ganó la orilla. Los pobres animales sea porque el hambre tenía a los infelices demasiado débiles, sea porque se enredaron en los troncos y ramas del puente, sea por lo que fuera, el caso es que desaparecieron bajo las aguas.

Manoliyo, pálido de la emoción... y de pensar en la soberana tunda que se ganaría al volver a su pueblo, sin la mula y sin ochavos con que poder asegurar que la había vendido también, se dirigió al "húmedo" Pepiyo, exclamando entre hipos:

¡"ER QUE DEMASIADO ZE AVENTURA, PIERDE CABAYO Y MULA".

Dr. Casarano

